

La cultura, responsabilidad colectiva

Por Edwin Guzmán Ortiz



Ariba, como la cita que está encima de un escrito y lo precede, el epigrafe de este artículo debería ser un satélite, una pequeña cápsula espacial, un ave rapaz o, no sé; algo que quede flotando sobre nuestras cabezas como una aureola o una amenaza.

Pensar y producir cultura en una sociedad como la nuestra -sin dejar de ser una empresa sisífica- es un don en la medida en que nos insufla ser, nos inyecta una forma de plenitud que encarna en una territorialidad donde la utopía y el deseo erigen una montaña de resonancias cósmicas. Y, valga la hipérbole para afirmar no otra cosa que el arte y el pensamiento nos desachican en espíritu y pueden también contribuir a limpiarnos de las pestilencias que se agitan en nuestro fuero interno. Ni aristocracia de espíritu, ni terapia, sino puente de comunicación en el lenguaje de la sinceridad y la recreación colectiva.

Oruro constituye un surtidor inagotable de producción cultural. Su genio es proverbial, tanto en el campo de las artes convencionales como, y sobre todo, en el de la cultura y arte popular; de ahí es que nuestro gesto ostente la marca carnavalesca de una identidad que seduce e invita a la imitación. Está aún por escribirse la historia de la cultura orureña. Sabemos nombres, conocemos algunos filones, entrevemos zonas de una trama hecha de vectores variopintos, mas, todo surca en medio de una nebulosa que nos impide comprender cuáles son los nódulos fundamentales de su entramado: cuál el sistema poético de Luis Mendizábal Santa Cruz?, cuáles los arquetipos básicos de la iconología pictórica de nuestras artes plásticas?, qué intelectuales han diseñado un pensamiento que capture el ser y el hacer del orureño?, cuál es el complejo etnoantropológico que nos define en cuanto región?, cuál es la contribución de Jorge Luna Pomier a la música boliviana?, cómo se manifestó la Belle Époque francesa en el Oruro de los años 20?, cómo incide la cultura minera en la formación de nuestra abigarrada y cambiante identidad?, cómo pesó la interpelación estatal dentro el proceso de formación de nuestra cultura?, qué diablos acontece con nuestro folklore en medio del maremágnum postmoderno?, y el qué y el cómo de orureños allende nuestra tierra, como Eduardo Mitre en EE.UU., Edgar Alandía en Italia, Antonio Barrientos en Suiza?. Apenas algunas preguntas, a las que se podrían sumar con igual importancia otras sobre la historia social, política y económica de nuestro departamento.

Sin embargo, esta necesaria lucubración no sería medianamente elucidatoria si no explicitara, en el plano de lo factual, la lucha de artistas e intelectuales por que su obra y la cultura de nuestro pueblo circule y se difunda democráticamente, bajo premisas de conocimiento mutuo y de comprensión de nuestra diversidad en la unidad. Empeños que se han acompañado de una variedad de estrategias, desde la resistencia a los procesos de colonización de toda laya, hasta los proyectos colectivos que han unido a los creadores en aras de un ejercicio libre y solidario de su trabajo.

Recuérdese que el Carnaval -fastuoso y famoso- es obra de la fe popular de mineros, gremiales y migrantes campesinos, cuánto se les debe a ellos!. Cuánto a pintores, músicos y poetas para ayudarnos a descubrir el talante y la complexión de nuestro espíritu. Cuánto al saludable ejercicio de la crítica que depura, revela y edifica; al respecto, no pocas veces, sobre todo para la mentalidad conservadora intelectuales y artistas orureños han aparecido como un estorbo, ya que aún en los más prudentes casos, formulan interrogantes de engorrosa respuesta, siembran dudas incómodas, generan rebeldías; en otro plano, para el demócrata liberal ellos no pasaron de ser un adorno, poco más que un florero, cuya amistad otorga cierto lustre y petulancia de hombre sensible y cultivado.

Buena parte de las iniciativas y proyectos de carácter artístico y cultural han naufragado, y cuántos artistas han sido relegados al olvido por falta de sensibilidad y formación de las instituciones encargadas del desarrollo regional, así como a la falta de políticas departamentales de cultura. Y no es que se pretenda imponer laureles en la testa de los creadores. Acaso su marginalidad y su soledad les sean más propicias a la imaginación, al diálogo consigo mismos y a la vivencia de un fragmento de libertad imprescindible para una obra autónoma, al margen de las castraciones del poder o, los poderes que pululan en el soma social. Solitarios y solidarios, secretando un discurso sigiloso en medio del orvallo inclemente de la amnesia y el egoísmo.

El aparato institucional -salvo contadas excepciones- fuera de pensar su función política y/o económica y/o tecnocrática ignora prácticamente la esfera cultural, menos el hacerla posible y viable. Esta cerrazón hipertrofia su ego y le impide inaugurar un nuevo sentido de habitar lo social y es más, de proyectarse integralmente con su medio, acaso no se percata de que ese universo también las baña y en última instancia si no la sobredetermina al menos constituye uno de los pilares de su inconsciente estructural.

Dos capitalias ostenta nuestro bienamado Oruro: la del folklore de Bolivia y la Industrial, la primera plenamente justificada, ganada con absoluta justicia; la segunda, suena más a cumplido, a sobrenombre. Lo que quiere decir -sin ambages- que la producción espiritual artístico- festiva es más vigorosa que la modesta producción de mercancías: superioridad del espíritu sobre la materia (Intelligenti pauca).

Con todos estos argumentos, y otros que tendría a bien yapar el amable lector, nos cabe el compromiso de asumir la tarea de fortalecer nuestra cultura a través de una cruzada colectiva en aras de nuestra identidad como individuos y como pueblo. Organizarnos, solidarizarnos y comprometernos en diferentes momentos y espacios es lo que cabe. Por que, entre muchas cosas, el arte y la cultura son también comunión y diálogo. Búsqueda de afinidades y deseo de fundirse en el otro. Es transitar ese cotidiano invisible donde tiempo y espacio anundan sus vehemencias.